«HE AQUÍ AL HOMBRE»

> Pilato salió otra vez afuera y les dijo: «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: «He aquí al hombre». (Jn 19, 4-5)

El representante del poder de este mundo, Pilato, declara a Jesús inocente y lo presenta con estas palabras: «he aquí al hombre». No es un simple «hombre», sino «el hombre».

Luego, con sorna, Pilato dice a los Judíos: «He aquí a vuestro rey». Y ante el grito de ellos: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿A vuestro rey voy a crucificar?». A lo que replicaron los sumos sacerdotes: «No tenemos más rey que al César». «Entonces se lo entregó para que lo crucificaran». (Jn 19, 14-16)

Las autoridades judías, movidas por el odio, acusan a Jesús de malhechor, de hacerse hijo de Dios y enemigo del Cesar. El proceso es una verdadera pantomima. A través de ella aflora la ironía del evangelista. Ante judíos y paganos, Jesús es presentado como el verdadero hombre. Él es el justo e inocente, frente a judíos y paganos que se hallan dominados por la injusticia y la arbitrariedad. El es el rey verdadero, el Mesías, frente a los que se presentan como los guardianes de la ley judía y pagana.

El centurión romano y sus hombres, encargados de llevar a cabo la ejecución del inocente en el madero de los malditos, en la cruz reservada a los esclavos, proclamará la verdadera identidad de Jesús al ver cómo había muerto. Su muerte es distinta a la de los demás ajusticiados. «El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». (Mc 15, 39) «El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios, diciendo: «Realmente, este hombre era justo». (Lc 23, 47) «El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: «Verdaderamente este era Hijo de Dios». (Mt 27, 54) Cada evangelista afirma y explicita la reacción del pagano, ante el acontecimiento de la muerte del hombre, del rey de los judíos. No olvidemos lo que dice la sentencia y cómo querían cambiarla las autoridades de Israel, movidas por el odio y la mentira:

> Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: «No escribas "El rey de los judíos", sino: "Este ha dicho: Soy el rey de los judíos"». Pilato les contestó: «Lo escrito, escrito está». (Jn 19, 16-22)

En esta meditación vamos a centrar nuestra mirada y reflexión en el «Ecce homo» proclamado por Pilato ante el pueblo. Contemplemos a Jesús saliendo afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Para el evangelista teólogo, como algunos padres de la Iglesia presentan a Juan, es central la pantomima de la coronación de espinas, llevada a cabo por la guardia romana, así como la presentación en público por Pilato: «He aquí el hombre».

Con mucha frecuencia repetimos que la Iglesia ha de estar al servicio del hombre. Y esto, sin duda alguna, es una gran verdad; pero es necesario comprender al ser humano a la luz del hombre verdadero, esto es, del hombre tal como se nos ha revelado en el Verbo encarnado, esto es, en su vida y pascua, en su humillación y muerte de cruz, «escándalo para los judíos y necedad para los gentiles». Y para avanzar en esta perspectiva, conviene tener muy presente una auténtica antropología integral. El concilio Vaticano II nos habla de la vocación y misión de la persona humana en el designio divino. He aquí unas afirmación muy significativa:

«La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas» (GS 11), para añadir más adelante:

> «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.
>
> El que es *imagen de Dios invisible* (*Col* 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. […] Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina.» (GS 22)

Estas afirmaciones del concilio sellan una antropología muy original. Ella determina de alguna manera la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo. Las antropologías de las diferentes culturas y religiones no siempre captan el «misterio del hombre», esto es, su «vocación divina» y, por tanto, su misión en la historia. El misterio del hombre, para la fe, se manifiesta plenamente en Jesús, el Cristo. En él se nos revela la vocación, misión y destino de todos los hombres y de todo el hombre. Ciertas corrientes de sicología religiosa parecen ignorar la antropología integral, tal como se revela en la Pascua del nuevo Adán. Ya ocurría esto en tiempos de san Pablo. El apóstol escribía a la comunidad de Corinto:

> La palabra de la cruz es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, frustraré la sagacidad de los sagaces. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el docto? ¿Dónde está el sofista de este tiempo? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? Y puesto que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necedad de la predicación para salvar a los que creen. Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. (1Cor 1, 18-25)

La Iglesia está llamada a dialogar y servir al hombre en su vocación humana y divina, que son indisociables. Así se reveló plenamente en la persona de Jesucristo, «entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación». (Rom 4, 25) Pedro, movido por el Espíritu enseñó: «Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos». (Hch 4, 11-12) El hombre Cristo Jesús es el camino de la Iglesia.

En la oración meditativa y contemplativa estamos invitados a gustar y ver qué bueno es el Señor, para vivir, caminar y servir a nuestros hermanos los hombres de acuerdo con la vocación divina a la que estamos convocados en nuestra condición de criaturas e hijos de Dios. Y así contribuir a alcanzar la plenitud del ser humano en su totalidad. «¡Ecce homo». Medita, pondera y saca. Contempla, discierne y vive lo que crees. El designio divino no siempre será comprendido y aceptado; pero la Iglesia no puede callarlo. Es una cuestión de justicia y de fidelidad con Dios y con los hombres en su peregrinar con esperanza, esto es, cono los ojos fijos en el que inicia y consuma la fe, Jesucristo.

I.- EL CORDERO DE DIOS.

Los evangelios, como sabemos, dan testimonio, ante todo, de quién es Jesús, de lo que dijo e hizo, desde el bautismo por Juan Bautista hasta su pascua, esto es, hasta su muerte y resurrección. El prólogo en prosa del evangelio según san Juan comienza con el testimonio del hombre enviado por Dios, Juan Bautista, sobre Jesús como el Mesías esperado por Israel. El Bautista, después de afirmar que él no era el Mesías y afirma que se encuentra en medio del pueblo. Lo reconoce en la persona de Jesús, al que lo presenta como el «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Así se cumplen las Escrituras.

> Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo". Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel». Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo". Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios». Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. (Jn 29-37)

A Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero, como lo reconocían sus paisanos, el Bautista, aleccionado por el mismo Dios, lo proclama «el Hijo de Dios». Viene a liberarnos del pecado del mundo, a bautizarnos «con Espíritu Santo». Al proclamarlo como «el Cordero», Juan está afirmando que el plan de Dios se cumple en y por Jesús. Estamos en la plenitud de los tiempos. Las promesas se cumplen. Es el hoy de Dios. El reino de Dios se abre ya camino en la historia.

En efecto, un pequeño recorrido por la ley y los profetas nos revela la importancia del símbolo del «cordero» en la fe del pueblo de Israel, proveniente de una cultura seminómada. Uno de los credos de la fe israelita se inicia con estas palabras: «Mi padre fue un arameo errante». (Dt 26, 5)

El diálogo entre Abrahán y su hijo Isaac, el hijo de la promesa, muestra ya la importancia del símbolo del cordero. La alianza de la promesa debía realizarse a través de Isaac. Y Dios pide al patriarca la ofrenda de su hijo único. El patriarca y su hijo caminan hacia el monte donde debe realizarse el sacrificio. Lo hacen en silencio, en el silencio propio de la oscuridad de la fe, de la obediencia de la fe. El hijo de la promesa, Isaac, rompe el silencio, pues entiende que falta «algo», para que tenga lugar el sacrificio. Y así brota la razonable cuestión del hijo y la respuesta de la fe del patriarca.

> Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre». Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero ¿***dónde está el cordero para el holocausto***?». Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron caminando juntos. (Gen 22, 7-8)

La sangre del cordero pascual, con la que serán rociadas las puertas de las casas de los hijos de Israel, hará que el ángel exterminador, pase de largo y los primogénitos de Israel no perezcan con los primogénitos de egipcios. (cf. Ex 12, 1-14; 29, 18ss) La pascua de Israel recuerda así la importancia del símbolo. Dios había salvado al pueblo del exterminio, mediante la sangre del cordero pascual. El Bautista presenta a Jesús como el cordero que libera del pecado mediante su sangre.

El símbolo alcanza su más hondo significado en la tradición profética. Isaías presenta al Siervo triunfal y sufriente bajo el símbolo del cordero manso y silencioso. Él cargo con nuestros crímenes, para liberarnos del poder del pecado. Jesús es presentado así por Juan Bautista como el Mesías-Siervo, el Hijo venido en la condición del Siervo que entrega su vida para darnos la vida en plenitud.

> Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo

> saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. (Is 53, 4-8)

El Bautista, al presentar a Jesús como el cordero de Dios, está afirmando que era la realidad anunciada en las figuras del Antiguo Testamento. También la figura del profeta Jeremías era plenamente asumida por el Hijo del hombre. Jeremías se lamentaba ante el Señor de cielo y tierra en estos términos: «Yo, ***como manso cordero, era llevado al matadero***; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre». (Jer 11, 18ss)

El evangelista san Marcos presenta en estos términos la preparación de la cena de la pascua de Jesús con sus discípulos: «El primer día de los Ácimos, ***cuando se sacrificaba el cordero pascual***, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?». (Mc 14, 12)

El testimonio de Juan Bautista, después de este pequeño recorrido por el Antiguo Testamento, nos está diciendo cómo Jesús desde el Jordán inició su camino pascual. Este no fue algo fortuito, se inscribía en el designio salvador de Dios. No es un camino de triunfo según los criterios del mundo o de una cierta religiosidad, sino el camino fecundo y victorioso del Siervo. Los Sinópticos presentan las tentaciones del desierto, que luego reaparecen a lo largo de toda su vida, como el lugar de la victoria de Jesús conducido y sostenido por el Espíritu Santo. Vence al tentador, asumiendo libre y conscientemente el camino del Siervo. Vive de toda palabra que sale de la boca de Dios. Avanza de acuerdo con la totalidad de la Escritura, pues no quiere tentar a Dios, sino vivir como hijo del Padre al servicio de su designio salvador.

Jesús fue tentado como Adán en el paraíso y como Israel en el desierto. Él personaliza el hombre nuevo, capaz de recrear la humanidad y fundar la comunidad del reino de Dios. El Verbo se hizo carne, para comunicar vida nueva a la carne, incapaz por ella misma de alcanzar la vida sin ocaso. Asumió una carne semejante a la del pecado, para dar vida nueva a la humanidad. San Pablo escribía a la comunidad de Roma:

> No hay, pues, condena alguna para los que están en Cristo Jesús, pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Lo que era imposible a la ley, por cuanto que estaba debilitada a causa de la carne, lo ha hecho Dios: enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, para que la justa exigencia de la ley se cumpliera en nosotros, los que actuamos no de acuerdo con la carne, sino de acuerdo con el Espíritu. (Rom 8, 1-4)

Para comprender bien este texto, recordemos que viene a continuación de la situación actual del hombre, incapaz por él mismo de liberarse del poder del pecado. Para Pablo el pecado es como una fuerza personalizada, que domina al hombre y de la cual éste no puede liberarse por sus solas fuerzas.

> Pues sabemos que la ley es espiritual, mientras que yo soy carnal, vendido al poder del pecado. En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco; y si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con que la ley es buena. Ahora bien, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Pues sé que lo bueno no habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. Y si lo que no deseo es precisamente lo que hago, no soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí. Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado.n (Rom 7, 14-25)

Juan Bautista, el hombre suscitado por Dios para dar testimonio de la luz de la vida, para ser el precursor del Mesías, presenta, por tanto, a Jesús como «el Siervo» vencedor anunciado por los profetas. Es la plenitud de los tiempos, para dar cumplimiento a las promesas. Es el «Cordero» que reclamaba Isaac, para que tuviera lugar el sacrificio de la salvación.

Después de ver la presentación que el Bautista hace del Hijo de Dios, como el cordero que quita el pecado del mundo, nos detenemos en la presentación que hace el gentil, Pilato, como representante del poder de este mundo, después de azotarlo como un malhechor y la burla de ser coronado de espinas por la guardia. Pilato no habla desde los símbolos del Antiguo Testamento, como lo hiciera Juan Bautista, el profeta. El testimonio de este pagano se sitúa al final de la existencia terrena de Jesús, mientras que el testimonio de Juan era al inicio de la vida pública de Jesús. Pero no olvidemos que tanto Pilato como Juan se refieren al que se presenta, a los ojos de unos y otros, como el Mesías, esto es, como el rey de Israel. El evangelista ofrece así la identidad de Jesús de Nazaret y su inserción en la historia del mundo.

II.- «HE AQUÍ AL HOMBRE»

Del proceso seguido contra Jesús, se desprenden unas cuantas constataciones de suma importancia, para una comprensión justa de la afirmación de Pilato: «He aquí al hombre». En efecto, las autoridades judías piden la muerte del Nazareno, acusándolo de malhechor y blasfemo. Según su ley debe morir. Ahora bien, la decisión de eliminarlo, como se deduce de «la profecía» de Caifás y la interpretación del evangelista se corresponde con el designio salvador de Dios. «¡Conviene que uno muera por el pueblo!»; y el evangelista añade: para «reunir a los hijos de Dios dispersos». (Jn 11, 45-54) Una es la razón política y otro el designio de Dios. Es la palabra profética y la palabra apostólica en el Espíritu las que dan a conocer el verdadero motivo de la muerte del Hijo de Dios enviado en la carne por el insondable amor del Padre por el mundo.

Pilato, que no era judío, redactó la sentencia de muerte del acusado por malhechor y blasfemo en estos términos: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». El ejecutado en el madero de los malditos es presentado como el Mesías esperado por Israel. Las preguntas de Pilato a las autoridades judías, que no podían condenar a muerte sin el permiso de la autoridad romana, así como las dirigidas al propio Jesús, indican bien lo que está en juego: «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?» «¿Eres tú el rey de los judíos?» «Pilato le dijo: «Entonces, ¿tú eres rey?». Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?» «¿A vuestro rey voy a crucificar?». Y Pilato mandó azotar a Jesús, en el que no encontraba culpa alguna. Y luego de ser azotado y humillado por los soldados, Jesús es presentado ante el pueblo como el hombre inocente y auténtico.

> Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: «¡Salve, rey de los judíos!». Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: «***He aquí al hombre***». Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». (Jn 19, 1-5)

El himno cristológico de la carta a los filipenses recuerda cómo el Hijo encarnado se humilló hasta morir en la cruz. «Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz». (2, 7-8) Pero volvamos a la afirmación de Pilato: «He aquí al hombre». En sus labios era, sin duda alguna, la expresión de una profunda burla y menosprecio, tanto de cara a los judíos, como del propio Jesús, pues acababa de dar testimonio de su realeza y autoridad. Para el evangelista, por el contrario, era la afirmación de una verdad insospechada. «El cordero que quita el pecado del mundo», proclamado por el profeta, es declarado ahora como el hombre verdadero, como el Mesías esperado por el

pueblo de la alianza. Jesús muere en cumplimiento de las Escrituras: «Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu». El himno de la carta a los filipenses, concluye: «Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. (9-11)

Humillado y menospreciado por los hombres, es exaltado sobre todo nombre por Dios. No son los hombres los que exaltan al Crucificado, como hacían los paganos con sus héroes al divinizarlos, sino el Padre que está en el cielo. En la afirmación de Pilato -¡oh paradoja!- aun cuando él mismo desconociera el alcance de sus palabras, Dios estaba revelando al mundo «el misterio del hombre verdadero», y el camino a seguir, para alcanzar su plena realización. La carta a los Efesios, a la luz de la pascua del Hijo amado, reinterpreta la perspectiva de la creación inicial. El apóstol lee el Antiguo Testamento, a la luz de la Pascua del Hijo. En la luz pascual, proclama que fuimos creados y recreados en Cristo Jesús, para ser hijos.

> Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. (Ef 1, 3-6)

El hombre, en la perspectiva bíblica, se caracteriza, ante todo, por vivir en la dependencia filial de Dios. David, estando ya para morir, daba este consejo a su hijo Salomón:

> Se acercaban los días de la muerte de David y este aconsejó a su hijo Salomón: «Yo emprendo el camino de todos. ***Ten valor y sé hombre***. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos, órdenes, instrucciones y sentencias, como está escrito en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y adondequiera que vayas. El Señor cumplirá así la promesa que hizo diciendo: "Si tus hijos vigilan sus pasos, caminando fielmente ante mí, con todo su corazón y toda su alma, no te faltará uno de los tuyos sobre el trono de Israel". (1R 2, 1-4)

La afirmación de Pilato es la proclamación ante el pueblo del hombre verdadero. Sostenido por «el Espíritu eterno» (cf. Heb 9, 14) de la verdad, libertad y comunión, se ha entregado libre y voluntariamente entre las manos de los pecadores, para llevar a cabo el designio salvador de Dios Padre. Si el viejo Adán frustro el proyecto de Dios buscando su autoafirmación, inducido por la mentira de la serpiente, el nuevo Adán recrea de forma más maravillosa el designio oculto del Creador, tal como se ha revelado en su Pascua. Este es el misterio de la fe. A cuantos creemos en él se nos da la capacidad de llegar a ser hijos de Dios. Así lo recuerda también la carta a los colosenses.

> Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz. Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. (Col 1, 15-23)

Una sencilla y contemplativa lectura del proceso de Jesús, tal como lo presentan los cuatro evangelistas, nos permite poner de relieve alguna de las notas del «hombre verdadero» presentado por Dios a través de la parodia de Pilato.

Jesús no es un hombre apocado y resignado. Ante las autoridades judías y romanas, se muestra valiente y determinado, consciente que ha llegado la hora fijada por el Padre. Así se presenta como ***el testigo fiel y veraz, el Amén,*** como afirma el libro del Apocalipsis. (cf. 3, 14) Habló públicamente y sin esconder nada. No dudó en proclamarse rey, pero su reino no es de este mundo. En los interrogatorios, atestiguó su identidad de Hijo de Dios. Alterna el silencio con el testimonio. En ningún momento reniega de su identidad y misión. Con clara conciencia lleva a cabo la obra de Dios, arriesga y da su vida en favor de todos. El Siervo «manso y humilde de corazón» no debe confundirse con la persona tímida o miedosa. Él es el hombre fuerte, como lo había anunciado Juan Bautista, el profeta:

> Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo». (Mc 1, 6-8)

Otra nota importante del hombre de Nazaret es su ***serenidad, silencio, mansedumbre y humildad***. Ni levanta la voz ni descalifica a los que lo ajustician, aún a sabiendas de ser inocente. Él se limita a afirmar la verdad. Abraza así la hora del Padre. En él, puede decirse que se cumple perfectamente lo que había recomendado a los discípulos: «Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros». (Mt 10, 19-20) De hecho la carta a los hebreos, enseña cómo Jesús, sostenido por el Espíritu eterno, se ofreció en ofrenda por la humanidad entera.

«***Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz***». (Ap 3, 14) La autoridad religiosa acusaba a Jesús de blasfemo, por hacerse igual a Dios. Ante el Sanedrín que le pregunta si es el Hijo de Dios, Jesús responde: «Vosotros lo decís, yo lo soy» (Lc 22, 70). Es ***el hombre del Amen***. Y así revela su verdadera identidad divina. Tengamos presente cómo el profeta Isaías había presentado al Dios veraz y fiel de Israel: «el Dios del Amén»: «Quien sea bendecido en el país, será bendecido por el Dios del Amén, y quien jure en el país, jurará por el Dios del Amén, porque se olvidarán las angustias del pasado y quedarán ocultas a mis ojos». (Is 65, 16) Los evangelistas ponen en contraste a Jesús, el testigo de la verdad, mientras Pedro reniega de su identidad de discípulo, como lo había predicho el Maestro. El hombre verdadero se caracteriza por la valentía, por la parresía del Espíritu. Luego Pedro, animado por el Espíritu de la verdad, se convertirá también en el testigo elegido por Dios, para dar cuenta de la obra de la salvación realizada en la carne del Hijo.

Jesucristo se presenta así como el hombre en quien todos los que creen en él, son recreados como hijos del Padre. Y así la Iglesia, de la que Cristo es la cabeza, llega a ser signo e instrumento del advenimiento de reino de Dios en la historia del mundo. En Cristo, el Amén, la Iglesia queda constituida en el sacramento de salvación. La comunidad eucarística proclama sin cesar: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven Señor, Jesús».

III.- TESTIGOS EN EL ESPÍRITU DE LA VERDAD.

Cuando Jesús se presentó libre y voluntariamente ante los que acudieron a prenderlo, pidió que dejarán marchar a sus discípulos (cf. Jn 18, 8). Los evangelistas relatan cómo Jesús se opuso a responder con violencia a la violencia. Aceptó beber el cáliz que el Padre le tenía reservado. Los discípulos huyeron y lo dejaron solo. El evangelista Marcos constata: «Y todos lo abandonaron y huyeron». Todos señalan las negaciones de Pedro. ¡Contemplemos la soledad de Jesús!

El cuarto evangelio, no obstante, señala la presencia de la madre de Jesús, de unas mujeres y del discípulo amado al pie de la cruz. Todo sirve para ensalzar al determinada determinación del Hijo de llevar a cabo la obra del Padre, iniciada desde la creación. La creación y la salvación tienen su origen y meta en el Padre. Así lo ha revelado y vivido el Unigénito entregado en manos de los pecadores, por el «tanto amor del Padre» al mundo. El evangelista Mateo pone estas palabras en labios de Jesús, al encontrar dormidos a sus discípulos.

> Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y les dijo: «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega». (26, 44-46)

Jesús asume en «perfecta soledad la hora del Padre», que es también la hora de las tinieblas. Los discípulos amaban al Maestro y habían puesto su confianza en él; pero el miedo a perder la vida les llevó a huir. Cuando en Pentecostés reciban el Espíritu de la verdad, también ellos serán los hombres del «Amén». Del miedo pasan a ser testigos fieles y veraces. Los que lo había abandonado por miedo, los vemos salir contentos del Sanedrín por haber merecido sufrir ultrajes por el nombre del Señor. El miedo se ha trocado en valentía y aplomo.

> Y, habiendo llamado a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron. Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el Nombre. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús. (Hch 5, 40-42)

Es importante notarlo. La venida del Espíritu de la verdad, como Jesús les había anunciado, introduce a los discípulos en la verdad plena y los hace testigos ante los tribunales religiosos o políticos del mundo.

1.- Orar sin desfallecer para recibir el Espíritu.

Para desarrollar el carisma de la consagración secular, es de importancia capital vivir la recomendación del Señor: «orar sin desfallecer». A los discípulos, que andaban asustados con los anuncios de su pasión, «les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer». (18, 1) La oración que Jesús propugna se apoya en el vocativo «Padre». El Señor del «Amén» ha prometido «hacer justicia» sin tardar y nos la parresía del Espíritu Santo, para andar como peregrinos de la esperanza el camino. He aquí la oración del discípulo y testigo, marcada por los tres imperativos: ***buscad, pedid y llamad***. Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura. Pedid el don del Espíritu, que nos conduce a la verdad plena y fortalece para el testimonio. Llamad al Señor que es la puerta y el camino, la verdad y la vida, nuestra esperanza. La oración de los discípulos de Jesús es muy diferente a la oración de los fariseos y de los paganos, pues se caracteriza por ponerse al servicio del reinado de Dios en la historia; y no en poner a Dios al servicio de nuestros intereses.

La oración auténtica, por tanto, brota de la gracia y nos guía a la más plena comunión con la justicia de Dios, que nos reconcilia con él en la sangre de su Hijo amado. (cf. 2Cor 5, 14-21). No nos limitemos «a pedir mercedes», pidamos en todo momento el don del Espíritu, para colaborar en la obra de Dios en el mundo. Así contagiaremos la alegría del Espíritu a la que estamos convocados. El apóstol Pablo podía decir en medio de las pruebas y dificultades:

> Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros,la esperanza de la gloria. (Col 1, 24-27)

Es importante interrogarnos cómo vivimos la oración, personal y comunitariamente. En la alegría del Espíritu, Jesús daba gracias al Padre por su beneplácito de revelarse a los pequeños y sencillos (cf. Lc 10, 21-24). En el Espíritu se entregaba por los suyos. Y oró en e momento de pasar de este mundo al Padre, para que el Espíritu de la verdad guiase a sus discípulos a la verdad plena y, con su parresía, dieran testimonio del Evangelio del reino de Dios en el mundo entero.

2.- Hablar abiertamente de la salvación en Jesucristo.

Jesús vino a proclamar un año de gracia en el mundo. En la sinagoga de Nazaret exclama: «Hoy se cumple esta Escritura». Los pobres son evangelizados, los oprimidos son liberados, los ciegos ven. Una primera reacción de admiración de los oyentes, se trocó en tal animosidad, que trataron luego el despeñarlo. ¿Por qué? Jesús no busca imponer nada. Se limita a proclamar cómo al hacer salvador de Dios no se le pueden poner barreras. La elección divina no ha de confundirse con la exclusividad. Abrahán y su progenie debía ser una bendición para todos las familias de la tierra. El año de gracia alcanza a todo hombre y mujer. Y esto es necesario decirlo en todo momento en medio de los pueblos y culturas. La salvación es don de Dios. Para él no existen fronteras; pero el reino de Dios no se impone, se ofrece como una oportunidad.

El diálogo de la salvación no siempre se corresponde con nuestras maneras de llevarlo adelante. El verdadero diálogo es dejarse hacer, unos y otros, por el «logos divino», tal como se ha revelado en la pascua del Hijo enviado en una carne semejante a la del pecado. Los testigos del logos de la cruz ni tratan de imponerse, ni buscan acomodarse. Dan testimonio con libertad y aplomo de Jesucristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. La Iglesia peregrina en la historia no puede dejar de anunciar la Pascua del Señor hasta que vuelva en su gloria. El cristianismo es mucho más que una ética religiosa. El consagrado en la secularidad, en el mundo y a través de sus estructuras, está llamado a dar testimonio del hombre verdadero, del «hombre del Amén», tal como se ha revelado en su Pascua. No puede contentarse con vivir unos valores. De acuerdo con el designio designio del Padre, está llamado a recapitular en Cristo, todas las cosas del cielo y de la tierra. ¿Lo creemos? ¿Actuamos en consecuencia?

3.- En la dinámica del Siervo manso y humilde de corazón.

Si Jesús llevó a cabo la obra del Padre en el mundo, como el Siervo manso y humilde de corazón, si él es el camino para la Iglesia en su misión, ésta debe adoptar la dinámica del servicio desde el último lugar. Un servicio que no busca colonizar, sino ser signo e instrumento de la unidad con Dios y entre los hombres. Para ello, es determinante avanzar desde el don de Dios, esto es, desde la pascua del Hijo amado.

El ***siervo manso y humilde de corazón*** abraza a todos los que quieren creer en él. ***Atrae desde la cruz***. «Me amó y se entregó por mí». Jesús no buscó seducir, sino salvar. No bajó de la cruz, para que creyeran los que coreaban su muerte. Permaneció en ella, pidiendo por los que lo ejecutaban, abriendo las puertas del paraíso al ladrón arrepentido, sembrando en el corazón de unos y otros las semillas del reino de Dios. Es maravilloso contemplar cómo en ese corazón manso y humilde, tienen cabida todos los cansados y agobiados de este mundo. Lo mismo sucede en el corazón manso y humilde de los que llamados a ser siervos del Señor.

Si la paciencia de Dios es nuestra salvación, como atestigua la fe apostólica, los siervos no podemos imponer tiempos y caminos a los demás. Los tiempos y caminos de Dios no siempre coinciden con los de la razón humana. El estar en contra del proselitismo, que trata de imponerse a las conciencias, no puede ser una excusa para la apatía o el miedo a proponer la verdad liberadora del Señor. Jesús no tuvo miedo a que la abandonasen algunos de sus seguidores y admiradores. El evangelista san Juan recuerda cómo muchos de los que creyeron en Jesús le abandonaron y le dieron la espalda.

> Muchos de sus discípulos, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. (Jn 6, 60-66)

> Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?» Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque mi palabra no cala en vosotros. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre». (Jn 8, 31-38)

El siervo no puede dejar de dar testimonio de la verdad proveniente de Dios. No se trata de provocar polémica o crispación; pero tampoco de presentar un Evangelio distinto al que proviene de Dios, como afirma Pablo. Además, como enseña la parábola del gran banquete del reino de Dios (cf. Lc 14, 15-24), el siervo es enviado, una y otra vez, pues el banquete está preparado y todavía hay sitios libres.

El diálogo de Jesús fracasó ante el fanatismo e intereses de sus oyentes. Por ello decretaron darle muerte. El testigo, el mártir de la verdad debe saberlo. El diálogo difiere de la negociación, y la buena vecindad, mucho más del sincretismo, como ya denunciase el profeta Jeremías (cf. Jer 7, 1ss).

4.- Formar la persona del «Amén».

Formarnos y formar como siervos, a hombres y mujeres, es de la máxima importancia. La exhortación de David a Salomón: «***Ten valor y sé hombre***», no debemos perderla nunca de vista. Jesús, «***el Amén, el testigo fiel y veraz»,*** en el momento de pasar de este mundo al Padre, oró por los discípulos de todos los tiempos, al tiempo que nos decía:

> No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros […] La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. (Jn 14, 1-3. 27-29)

Jesús formó a sus discípulos y los envió, para convocar al banquete del reino de Dios. No les ocultó las pruebas y dificultades que les esperaban. Para hacer frente a las mismas le prometió el Espíritu de la verdad, y no los medios poderosos de este mundo. En ningún momento leso prometió que lo iban a pasar bien. Él repitió: El discípulo no puede ser más que el Maestro. Vivamos nuestra vocación, misión y destino de siervos en la comunión eclesial. El primer capítulo de la constitución dogmática de la Iglesia se cierra con estas palabras:

> Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (*Flp* 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (*2Cor* 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y

levantar a los oprimidos» (*Lc* 4,18), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (*Lc* 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. Pues mientras Cristo, «santo, inocente, inmaculado» (*Heb* 7,26), no conoció el pecado (cf. *2Cor* 5,21), sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo (cf. *Heb*2,17), la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación.

La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. *1Cor* 11,26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos. (LG 8)